

R.M. ANDRÉ

La Senda del Arquero

*Mi agradecimiento a Javier Davila
por su desinteresado trabajo en el
diseño de la portada.*

A mi familia

—*¿Y qué teméis vos, mi buen ladrón?*

—*Que me robéis el alma, mi señora.*

2º acto de Las andanzas de Emug, el Bardo.

PROLOGO

Era de noche y la luna Menkhara lucía brillante y redonda sobre Salentum. Al oeste, en las afueras, su reflejo nacarado dormitaba sobre las aguas del lago Forán convirtiéndolas en un espejo fantasmal. No había casas en aquellos parajes. Tampoco ninguna fortaleza o castillo. Ni siquiera tierras de cultivo. Únicamente los negros muros de dos torres de piedra refulgían húmedos de rocío, rodeados de ruinas y cascotes. Eran cuanto quedaba del que fuera hace muchísimo tiempo el enclave principal de la Hermandad de Magos.

Sentada en lo más alto de una de las atalayas, una figura grande observaba el firmamento con un artilugio dorado. Ariolt llevaba un buen rato así, envuelto en su capa de terciopelo negro, tan solo visible para algún búho fisgón. El Primer Mago del reino de Trenz escrutaba los signos celestes, buscaba respuestas. Pronto comenzaría la estación de embión y esa noche el cielo lucía inusualmente diáfano, como una inmensa bóveda tachonada de estrellas de fulgor diamantino. Ariolt conocía las constelaciones como la palma de su mano: el Carro, el Trono, la Espada, los Jinetes, el Águila... y sabía leer en ellas y en los cuerpos celestes como un sacerdote de Mirkán en las caras de sus fieles. Con un rictus de dolor recogió su astrobium, bajó a su gabinete y allí, entre libros, pergaminos, mapas y cachivaches, se arrebujó en su capa, cerró los ojos y permaneció quieto, con la barba argentina pegada al pecho y el rostro recio inmóvil, tal y como haría un inofensivo anciano vencido por el sueño. Pero Ariolt era el mago más poderoso de los cinco reinos de Arkhon y dormir sería lo último que haría ahora. Su cabeza bullía de actividad. La gravedad de lo que había confirmado no dejaba lugar a dudas. Según sus cálculos, Reglem, la estrella más maligna del firmamento, se acercaba a la culminación y en medio ar se opondría a Sirum, cuadrando ambas a Askhara, la luna lejana, cuando esta alcanzase su máxima declinación. Terus y Aterón, los remotos planetas anillados, completarían una gran cruz cósmica de claro y nefasto significado. Y sí, no había duda, la configuración recordaba a la ocurrida muchos centars atrás, justo en los días aciagos que, se decía, habían precedido a la última llegada de los *wunts*.

En algunos antiguos manuscritos se referían a los *wunts* como demonios, siervos del señor del Vakhión; en otros como espíritus malignos. Se decía que los *wunts* poseían las mentes de las gentes y usurpaban sus cuerpos para vivir en ellos, anulándoles la voluntad y enviando sus almas encarnadas o *yih*s a un lugar de sufrimiento; también que habían sido expulsados de este mundo por Bariol, el mago más poderoso que nunca había existido, pero que no había sido una victoria total.

Eso decían las crónicas más fiables.

Ariolt llevaba una vuelta de Menkhara preocupado. Los conjuros que cerraban los invisibles *senderos* que, se decía, cruzaban Trenz y los otros cuatro reinos de Arkhon, mostraban signos de

debilidad y, aunque nada había ocurrido aún, sabía que sólo era cuestión de tiempo. Los avisos coincidían y mañana caerían los sellos del Libro de Bariol.

I

Se acercaba el ocaso y el aire apenas se movía en el bosque. Un muchacho alto, con arco y aljaba, y un perro menudo, de espeso pelaje canela, caminaban abstraídos entre robles y arbustos. Buscaban un rastro. Frimm escudriñaba con parsimonia las señales recientes en el terreno y *Thon* iba y venía, moviendo la larga cola y olfateando la alfombra de hojas húmedas del pasado inviérn.

El bosque de Weltom era para el joven su segunda casa. Su situación encajonada entre abruptas colinas hacía que el lugar fuera poco frecuentado por otros cazadores, por lo que allí encontraba siempre piezas que cobrarse y aislamiento para pensar. Esa tarde, como tantas otras, Frimm seguía la pista de un corzo de los muchos que ramoneaban por aquellas umbrías forestas en busca de brotes y bayas. Unos latidos antes, *Thon* había perdido el rastro del animal por culpa de un conejo despistado que ahora asomaba flácido por su morral; pero el cazador sabía que el corzo aun andaba cerca y que el perro daría con él de nuevo. El can era un perdiguero hankorano y tenía un olfato prodigioso. Nunca perdía un rastro. Y así fue una vez más porque, tras unos olfateos inquietos aquí y allá, *Thon* agitó la cola con entusiasmo y recuperó el rumbo en un pispás. Ambos cazadores avanzaron casi en línea recta y al llegar a la linde de un pequeño calvero Frimm percibió un movimiento de soslayo. Era un espléndido seis puntas macho de color cobreño y unas dos arrobas trenzas de peso. El animal restregaba con encono sus pequeñas astas en la corteza de un viejo roble cubierto de líquen gris. Sin duda intentaba aliviar así el picor que la sangre alborotada repartía por su renovada cornamenta, al comienzo de embión. Solo el apagado sonido del roce de los pequeños cuernos contra el árbol rompía el silencio del bosque. Frimm lo observó oculto detrás de un gran castaño, contra el viento. El corazón se le aceleró mientras calculaba ángulos y distancias de tiro y un familiar hormiguelo le recorrió el cuerpo. Siempre le ocurría en estas situaciones. La vida del corzo pendía de un hilo tan fino como la piola encerada de su arco y, sin embargo, el animal continuaba ajeno al peligro, sin saber que su existencia estaba en manos de un extraño. Eso le producía una secreta fascinación, haciéndolo sentir tan poderoso como suponía debía sentirse el dios Mirkán al disponer los destinos desde el Mengrial o al escupir el fuego de su ira desde el cielo. El ungulado volvió la cabeza y le apuntó inquisitivo con sus ojos azabache, el morro carbón escrutando el aire y las grandes orejas alerta. Frimm no se movió. Estaba contra el viento; ¿Lo habría descubierto el animal, a pesar de todo? Ahora miraba hipnotizado al corzo, temeroso de espantarlo con el más leve pestañeo de sus ojos azules. A su lado, el avisado *Thon* no movía un pelo. Por un instante el tiempo se detuvo en el bosque. O eso le pareció. Entonces la inquietud del corzo se disipó, perdió el interés por lo que fuera y bajó la testuz para retomar su actividad bañado en el oro del cercano ocaso.

Frimm decidió aprovechar la oportunidad de inmediato. Si en algo tenía razón su padre Frol era

en un consejo: “Las oportunidades se van y las penas se quedan”. Sin perder más tiempo, tomó una flecha de la aljaba y la colocó en su arco de tejo. Hork, el herrero, le había vendido esa mañana media docena, todas de afiladas puntas laureadas y bien equilibradas. Una delicia. Sin hacer el menor ruido, preparó el disparo. *Thon* agitaba la cola y lo miraba en cómplice silencio, expectante. Un cuervo solitario graznó a lo lejos. Volvió el silencio. El cazador vació su mente, aquietó la respiración y se concentró en imaginar la trayectoria de la flecha hasta el blanco. Siempre lo hacía. Expulsó el aire despacio, sin prisas, afinó el tiro, y ojo y pulso fueron uno. Soltó la cuerda del arco con firmeza y el proyectil zumbó imparable tras un seco chasquido. Un latido después, la punta asesina alcanzaba de lleno al animal en el tórax, muy cerca del corazón. El dramático quejido cortó la tarde como un cuchillo. Trastabillando, el corzo intentó huir con saltitos agónicos, pero fue en vano. Estaba herido de muerte y unos pasos más allá doblaba las patas delanteras en un rezo postrero.

Frimm se acercó despacio. Dejó el arco junto a unos helechos, sacó su afilado cuchillo de brul de la vaina que colgaba de su cinturón y se agachó sobre el animal. El corzo ya no respiraba. Sus ojos sin vida eran dos cuentas húmedas que recogían los fulgores atenuados del día. Quedaba poco más de una *marcaluz* para el crepúsculo y tendría que darse prisa en destriparlo y llevarlo junto a su mula. Era un buen ejemplar, algo viejo y de pelaje ajado, pero sin duda su madre le sacaría partido. Apoyado en la rodilla, acercó la punta del cuchillo al vientre del animal. Entonces escuchó las pisadas.

El ruido venía de la izquierda. *Thon* se giró como un resorte y ladró encarándose con la espesura. Frimm descubrió al intruso acechándole detrás de unos matorrales, a una veintena de varas. El oso asomó la cabeza y salió de su escondite, avanzando un paso. Estaba delgado todavía, muy lejos del peso que tendría antes del próximo inviñón, pero era un animal grande. Con una pata golpeó algo de hojarasca, desafiante, sin dejar de mirarlo, sopesándolo. Frimm recogió el arco y se incorporó despacio, sin quitarle la vista de encima. *Thon* volvió a ladrar.

—Quieto —le dijo.

El can obedeció. El oso avanzó dos pasos más. Sus ojillos negros lo traspasaron con una mezcla de astucia y fiereza. O eso se imaginó. Abrió la boca y rugió con un sonido sordo y prolongado que retumbó desafiante en la quietud del bosque. Los grandes colmillos asomaron entre los temblorosos belfos sellando la amenaza. Frimm retrocedió poco a poco, sin dejar de mirarlo, alejándose del corzo muerto.

—Vamos, *Thon*, ven —susurró.

El perro volvió a ladrar.

—Quieto, chico, quieto —dijo rozándole el lomo.

El oso rugió con más fuerza. Tenía una piel parda y lustrosa, de tono almendrado. Era un oso

joven. Se acercó más. Estaba ya a unos doce o trece pasos. Frimm había oído historias de algún ataque de osos, pero nunca en Weltom. No era un lugar frecuentado por los plantígrados, que preferían las laderas y terrenos más abiertos; pero hacía poco que había terminado invierno y todo era posible. Los osos eran animales solitarios y peligrosos, a veces imprevisibles. No podía ser de otro modo, asemejándose tanto al hombre en su alimentación. Era un fastidio perder el corzo, pero más lo sería perder la vida. Sin embargo, algo en su interior se resistía a dejar que el ladrón le arrebatase impunemente lo que era suyo. El oso acortó otro paso. Y él retrocedió uno más con *Thon* a su lado. Sin quitarle la vista de encima sacó una flecha del carcaj y la clavó en el suelo a sus pies. El oso avanzó otra vara, olisqueando el aire y mirando al corzo, ahora indeciso. Frimm sacó otra flecha. Tenía claro lo que debía hacer. La cambió a la mano con la que sujetaba el arco, se agachó y con la otra cogió a *Thon* del cuello.

—Vamos, *Thon*, azúzale —le susurró.

El perro salió disparado hacia el oso. Frimm confiaba en él. El perdiguero era un aliado espabilado y sabría mantener las distancias sin exponerse más de la cuenta. El solo necesitaba una cosa. El oso rugió y se puso en guardia, enfrentándose al can mostrando los colmillos. *Thon* se detuvo a unas dos varas del intruso, ladrándole con fiereza. El oso reuló un paso al principio, pero pronto retomó la actitud belicosa lanzando zarpazos, aunque guardando las distancias. Ninguno pasaba de ahí. El enfrentamiento estaba en tablas. Frimm sólo quería tiempo. Se incorporó con calma y preparó la flecha. El corazón le latía con fuerza y había comenzado a sudar. Sabía que si fallaba, quizá no tendría otra oportunidad. *Thon* avanzaba y retrocedía, ladrando y mostrando los dientes. El oso lanzaba rápidas brazadas y babeaba con los belfos trémulos, confundido por la bravura del adversario. *Vamos, Thon*, pensó. Como si le leyera el pensamiento, el can se acercó un poco más, con un fuerte ladrido, y luego retrocedió. Lo volvió a hacer y entonces ocurrió lo que Frimm deseaba. El oso se alzó sobre dos patas lanzando un rugido intimidatorio. Le apuntó al corazón. En un latido, la flecha voló, pero con tan mala fortuna que coincidió con el descenso del cuerpo del animal y se clavó un palmo por encima del órgano vital. El oso quedó a cuatro patas, herido y desorientado. Frimm montó la segunda flecha a toda prisa, justo cuando el plantígrado iniciaba la carga. *Thon* se apartó prudentemente de su camino y él se arrodilló y aguardó impertérrito. La flecha que había disparado se agitaba justo por debajo de la prominente línea de los hombros del animal. Ocho pasos, siete. Frimm no se movió. No podía fallar. El oso era un blanco cercano y a la vez el más difícil de su vida. Descartó la cabeza. Tenía que acertarle en el pecho. Seis pasos. Ahora o nunca. El disparo salió con violencia. La flecha voló en un instante que pareció una eternidad y alcanzó al animal cuando estaba en la parte alta de la carrera. La punta de acero se clavó, incisiva y profunda, en el pecho peludo. El oso frenó su avance en seco y cayó al suelo fulminado sobre sus patas delanteras, a apenas cinco varas. *Thon* lo hostigó. Pero no era necesario.

La larga lengua le colgaba fuera mientras agonizaba junto al corzo muerto que le había costado la vida. Frimm se acercó y arrastró al herbívoro lejos de su enemigo moribundo. *Estoy loco*, pensó con un escalofrío.

Un rato después volvía satisfecho con el corzo colgando de los hombros. Mañana volvería a por la piel del oso, un trofeo inesperado.

Terminada la excitación del peligro y de la caza, sus pensamientos cobraron el tono mortecino del día y la sensación de aprisionamiento que lo acompañaba desde invión volvió a su ser con nuevos bríos. La necesidad de escapar, de cambiar de vida, inflamó sus pensamientos con el fuego efímero de los sueños desbocados, libres de las tediosas ataduras de la tierra. El mundo era un lugar por descubrir, repleto sin duda de parajes de aventura y gentes interesantes, y él seguía atrapado en su rutinaria vida en un pueblo pequeño. Fue más consciente que nunca del abismo que le separaba de sus amigos, Garmin, Lisail, Torf... y de sus propios padres, Frol y Gwenda. Todos parecían razonablemente instalados en unas existencias monótonas y grises sin más emociones que ver un nuevo amanecer. Y Frol no lo comprendía. Su padre no entendía que el desafío de un porvenir abierto a la sorpresa podía ser más tentador que un techo seguro y aburrido sobre la cabeza y un plato de cordero en la mesa. Otro tanto ocurría con el gordinflón de Garmin y sus prosaicas ambiciones sustentadas por el culto ciego a Mirkán. Pues él no era así. El destino se podía cambiar y él iba a hacerlo.

Se imaginó como sería la vida en los indómitos territorios de los clanes del norte de Hankora o en el sur, en el exótico Suldán; como sería la gigantesca ciudad de Armegión, capital del reino de Marillón y tantos otros lugares que había oído describir a los viajeros. *No pienso pasarme la vida en la posada*, pensó.

Un sonido indefinible frenó en seco sus elucubraciones. Sonaba como el lamento de un grupo de niños, un lamento cercano al llanto que parecía llegar de todas partes. Aguzó los oídos y sin darse cuenta dejó de respirar para intentar localizar el origen del misterioso ulular. Nunca había escuchado nada semejante. Subía y bajaba de tono e intensidad con un ritmo cadencioso e hipnótico. *Thon* gimió con la cola entre las patas, pegándose al suelo. Dejó el venado sobre la hierba y escudriñó el bosque a la débil luz del crepúsculo, sin resultado. Todo parecía en calma. Avanzó unos pasos y volvió a mirar a su alrededor con atención. El misterioso sonido se escuchó de nuevo. ¿De dónde provenía? Entonces, descubrió un resplandor azulado entre la maleza, unos veinte pasos a su izquierda. De allí llegaba el ruido, sin duda. Le hizo una seña al perro para que se quedase junto al corzo y avanzó agachado entre los árboles. El lamento quejumbroso continuaba, pero ahora más espaciado y grave, tan siniestro y raro que le puso la piel de gallina. Llegó a una pequeña concavidad sombría y desde detrás de un árbol observó paralizado la nube añil. El óvalo luminoso tenía el tamaño de la copa de un tog joven. ¿Qué clase de fenómeno estaba mirando? De

repente, le pareció vislumbrar una sombra que se movía tras el fulgor y se tumbó a toda prisa sobre la húmeda alfombra de hojarasca. Allí había algo y era algo que no había visto nunca antes. Apartó las hojas de un par de helechos para ver mejor y con el corazón en un puño observó la silueta de la más aterradora criatura que había visto jamás. La sombra se recortaba tras el misterioso resplandor, como lo haría en la lona de una tienda a la luz de un candil. En cierto modo, recordaba a un gran oso como el que había matado, erguido sobre dos patas, husmeando. Sin embargo, de los lados del torso le salía una pareja de zarpas articuladas con forma de guadaña y del pecho un tentáculo tan grueso como una pierna humana. La criatura parecía olisquear, inquieta por alguna razón, detrás del fulgor celeste. Se volvió al frente y una garra quitinosa y negra repleta de protuberancias afiladas como cuchillas asomó fugaz y se replegó. Luego fue una cabeza negra la que hendió el aire del bosque. Tenía una mandíbula poderosa, desmesurada, que se abrió al mundo en un bostezo, revelando cuatro hileras de grandes colmillos afilados como carámbanos. Pero lo más terrorífico fue lo que apareció detrás: unos ojos ámbar moteados de azabache, unos ojos de pesadilla, que miraron en su dirección y parecieron clavarse en los suyos. Frimm estaba petrificado. El monstruo comenzó a babear un líquido blanco y grumoso y abrió aún más las fauces. El sonido misterioso se paseó de nuevo por el bosque y el cazador dudó entre huir como un conejo o preparar el arco. No tuvo que elegir. Se escuchó un chisporroteo, un zumbido semejante al que haría un moscardón gigantesco y la horrenda cabeza retrocedió. Luego, la figura se alejó tras el resplandor añil y desapareció junto con el halo. Frimm se relajó y vació sus pulmones del poco aire que le quedaba. Estaba con la boca abierta y le temblaba la mandíbula. ¿Sería un demonio del Vakhión lo que había visto?

El Gamo Alegre se encontraba justo a la entrada de Rothern, un pueblecito de la comarca de Mirdán—Terk, en la parte occidental del reino de Trenz. La posada era una construcción de piedra y madera de tog con más de cincuenta ars de existencia que había sido construida, tras no pocas tribulaciones, por el bisabuelo de Frimm, llamado Frenl Basteholt. El hombre se la había legado a su hijo y este a Frol, el padre del muchacho, hacía ahora unos veinte embiones. Se podía decir que los Basteholt eran una familia de posaderos.

La fachada del inmueble se levantaba junto a una gran roca negra y picuda con el color añejo y la textura cuarteada que la madera de tog adquiriría tras muchos ars sometida a los vaivenes del clima interior. Llamaban la atención las intrincadas enredaderas que verdeaban hasta sus aleros y la multicolor balconada repleta de azadeas, gerdalios colgantes y vistosos grildaros trenzanos. Una chirriante veleta con forma de arco y flecha coronaba el tejado de pizarra y en la entrada principal colgaba un gran letrero de madera con el nombre de la posada escrito en grandes letras huecas y

tiznadas. El cartel a menudo golpeaba la pared agitado por el templado viento del oeste, paseante habitual del pueblo. Frol no lo había tocado nunca porque lo consideraba una reliquia familiar y un símbolo afortunado.

El Gamo Alegre era bastante grande. Los dos pisos superiores los ocupaban las seis habitaciones para hospedaje y la planta baja el mesón, con un amplio comedor y la cocina. En un sótano estaban la despensa y un pozo. Junto a la posada estaban los establos, un par de abrevaderos, otro pozo y el cobertizo con los excusados. Al otro lado, se levantaba la casa de los Basteholt, construida también de tog y piedra. Un huerto vallado, situado en la parte de atrás, completaba la propiedad.

El segundo día de embión había amanecido luminoso y el salón de la fonda estaba lleno de ruidosos forasteros. A dos leguas de allí comenzaba la feria de Marten—Hal, la más popular en Trenz. El singular evento congregaba durante tres días a cientos de visitantes, comerciantes, artesanos, artistas y pintorescas atracciones, y no eran pocos los que hacían un alto en Rothern para comer o descansar. Y “*¡Qué mejor lugar que El Gamo Alegre para comer bien y reposar del largo viaje!*”, como Frol solía decir. Esa mañana en las mesas se agolpaban unos cuantos mercaderes de comarcas y demarcaciones vecinas, un par de prestamistas de Mirdanor con sus típicos gorros verdes, algunos criadores de caballos del suroeste de Hankora e incluso varios titiriteros y artistas. Muchos de ellos acudían a Rothern porque resultaba más barato que la cercana Marten—Hal. A Frol le daban igual sus motivos mientras pagasen con buenos ruts de cobre y plata. Todos formaban un batiborrillo colorista y sonoro que mantenía en jaque al padre de Frimm y a los dos camareros. Torf, el más joven, era un muchacho rubio, bajito y servicial, que no paraba quieto entre las mesas, y su altísimo compañero, Gaulf, se movía circunspecto por el local como un príncipe bizco con todo el tiempo del mundo. Tras la barra, Frol se afanaba en servir varias jarras de cerveza con una sonrisa. La voz profunda de uno de los criadores de caballos tronó al fondo en la lengua común.

—Posadero, ¿qué pasa con nuestro cordero?

Otras la siguieron al instante, como ecos gregarios.

—¿Y el corzo que hemos pedido?

—¿Y la sopa?

—No se preocupen, señores —voceó Frol en tono conciliador—. Enseguida estará todo. La buena cocina lleva su tiempo.

Rezongando por lo bajo, el padre de Frimm entró en la cocina, donde su esposa se afanaba entre los pucheros. La rolliza mujer daba los últimos retoques a una espaldilla de corzo y especiaba con abundante tomillo y laurel un guiso de liebre. A su lado, Frimm terminaba de trocear un cordero recién asado, mientras otro se doraba en el espetón. Frol llegó junto a él limpiándose las manos en el grasiento mandil. Siempre se limpiaba las manos. Era un hombre meticuloso, de torso alargado,

tripa pronunciada y expresión lastimera.

—Necesito seis sopas más, Gwen, y el cordero, ahh... y la liebre.¿Te queda algo de queso de cabra para apaciguar a los comerciantes mientras esperan? Parece que no hubieran comido en un menkhar. Esta feria me mata, por muchos ruts que nos dé, no sé si aguantaré una más...¡Y Gaulf! Cada vez tiene menos sangre. Aunque sea tu sobrino un día de estos...

Gwenda lo escuchaba a medias. Estaba acostumbrada a las quejas de su marido. Frol solía caer presa del desasosiego cuando se le acumulaba el trabajo y tenía que sacar adelante varias tareas a la vez; entonces se convertía en un torrente agitado por el agobio, al que había que calmar con órdenes escuetas y claras.

—Necesito agua —le dijo tranquila—. Que uno de los chicos baje al pozo cuanto antes. La liebre estará en un instante y Frimm ya casi tiene el cordero. Y tranquilo, que hay sopa de verduras para entretener a un regimiento. Los huevos con tocino que me pediste antes están ahí, a tu izquierda.

—Lo había olvidado, Gwen.

Torf entró por la puerta.

—Señora,¿tiene ya el cordero? Ese mulero, o lo que sea, y sus amigos no paran de protestar. Necesito dos jarras de vino de Aleluah, especiado con canela y jengibre y también cuatro raciones de tarta de moras.

—La tienes ahí debajo a tu izquierda. Córtalas tu mismo, pero mide bien que no se regalan, y coge el vino. Ya sabes donde están las especias. El cordero y la ensalada ya los lleva Frimm.

—Es para la mesa junto a la ventana de la esquina, hijo —informó Frol.

—Ya lo sé, padre —dijo el vástago con una mueca de fastidio. El hombre se lo había repetido ya tres veces.¿Acaso creía que era tonto?

Frimm se sentía irritable. Su sensación de aprisionamiento no había hecho más que crecer durante los últimos días y lo que más le enojaba es que sus padres no tenían ninguna culpa.¿Por qué se encontraba así? Se veía tan atrapado en su vida como un pez en una charca y cada vez le costaba más ocultarlo a pesar de su carácter reservado. No había contado nada del oso. No quería darles explicaciones para que lo tachasen de loco irresponsable y lo acribillasen a reproches. Ni tampoco de lo que había visto y oído en el bosque. No lo creerían.¿Qué diantre era aquello? Los pensamientos inconexos lo asaltaban una y otra vez como si estuviese loco. Cogió con soltura las dos bandejas y salió al comedor. Rundy, el chico que ayudaba en las cuadras, entró por la puerta trasera de la cocina.

—Señor Frol, los caballos y las mulas están muy agitados. Un viajero acaba de llegar montado en un elfrum. Ha dicho que es inofensivo y lo ha atado alejado del abrevadero y separado del resto, pero los animales no dejan de relinchar y moverse.

—¿Tiene los espolones cubiertos? —saltó Frol inquieto.

—Sí, señor.

Torf se giró hacia Frol.

—Ahh, se me olvidaba. Un forastero acaba de preguntar por vos. Dice que se llama Karold. Está en la entrada.

Frol lo miró asombrado y salió como una exhalación. Su voz de tenor llegó desde fuera.

—¡Llévate los huevos y lo demás, Torf!

Un hombre gigantesco esperaba junto al zaguán del comedor. Un arco enorme le cruzaba el pecho y un gran sombrero de ala corta le cubría la cabeza. Lucía una barba asilvestrada que comandaba un rostro ancho y franco, de pobladas cejas y mirada limpia del color pardo del tog. Frol se acercó a él con una gran sonrisa.

—¡Karold! —dijo mientras se abrazaban palmeándose con fuerza las espaldas—. Todavía sigues vivo y haciendo de las tuyas con tus elfrums.

— Ja, ja, ¡ya me conoces!

—¿Lo habrás dejado bien seguro, no? —dijo Frol disfrazando su preocupación con una sonrisa nerviosa.

—Estate tranquilo —dijo el hombretón, también sonriente—. *Bronco* está bien embozado y con los espolones cubiertos. Es un buen elfrum. No reventará a ninguna mula.

—¿*Bronco*? El nombre no me inspira mucha confianza.

—Pierde cuidado, hombre. A veces las apariencias engañan.

—Eso ya lo sé —Frol suspiró—. Bien, confío en ello, porque al mozo de cuerdas casi le da un pasmo. Y ahora, cuéntame, ¿dónde has estado? Te perdí el rastro hace cinco ars, después de lo de Sandor —Karold había rastreado y cazado cerca de la frontera a dos proscritos acusados de violar a la hija de un noble de la capital de Mirdanor—. Dio mucho que hablar, vaya que sí, en realidad no sabía si estabas vivo.

—Uff, me he movido por aquí y por allá. Ya sabes. Muchos lodos han embarrado mis gastadas botas desde aquello; y digamos que trabajar de guardia personal de un noble suldaní, que resultó ser un traidor, no es lo más aconsejable para seguir vivo. Estoy aquí de milagro.

—¿Cómo? ¿Has estado en Suldán?

—Pues sí, en la capital, Aleluah. Ya sabes que me pierdo por las mujeres exóticas.

—Pues aquí recordarás que no abundan, precisamente. Ya sabrás que en Rothern son más bien tradicionales y de armas tomar. ¿Y a qué se debe esta visita?

—En realidad, necesito dinero, y esta es una buena forma de conseguirlo.

El rostro de Frol cambió como un cielo limpio que se llena de nubarrones.

—Verás, Karold, las cosas no son lo que parecen. Hoy hay mucho trajín porque...

—Sólo bromeaba, hombre —lo interrumpió el otro con una expresión risueña en sus ojos miel

—. Tu hucha está a salvo. Me refería al concurso de arco.

—Ahh, claro... —suspiró el posadero aliviado.

Frol tenía buena memoria y el Karold que recordaba era un hombre gastador, de risa embaucadora y entusiasmos tan efímeros como los ruts en sus bolsillos.

—¿Y cómo está la familia? —preguntó el montañés con gesto serio.

—Gwenda esta como siempre, al mando del fortín, y nuestro hijo, Frimm, nos ayuda en la posada. Es un magnífico cazador, aunque a veces haya que bajarlo de las nubes.

—¿Qué tiene ya, dieciocho ars?

—Diecisiete.

—Lo cierto es que he oído hablar de él a algún lugareño —dijo Karold asintiendo con la cabeza

—. Dicen que donde pone el ojo pone la flecha.

—La verdad es que casi nunca he salido con él de caza, pero eso dicen sus amigos.

—Del negocio no te pregunto nada, porque veo que va espléndidamente —conjeturó Karold con una mirada expresiva al local.

Frol abrió la boca para replicar que no era para tanto, pero el otro lo cortó divertido.

—No digas nada, lo adivino. La posada apenas te da para vivir. —El grandullón movió la cabeza con sorna, pasándose los dedos por debajo de los ojos y haciendo pucheros—. El mismo Frol de siempre, lamentando lo mal que lo trata la vida.

Frol avergonzado miró a los comensales, pero nadie les hacía caso ya.

—Tengo que cuidar de la familia, Karold. No todos somos libres para ir y venir como el viento y desaparecer como una tormenta. ¿No crees que es tiempo de echar raíces?

—¿Y ver pasar la vida como un árbol viejo? Eso no es para mí.

—Vaya, gracias.

Karold sonrió moviendo la cabeza.

—Sigues tan susceptible como cuando eras un mozo, amigo posadero.

—Tienes razón. Mucho ha llovido desde que cargaste conmigo dos días por medio Marillón.

—Por fortuna, ambos no pesábamos tanto, y solo te llevé una legua, como hubiera hecho cualquier soldado. Mucho ha llovido, sí, más para unos que para otros. Bueno —dijo tocándose la barriga—, dejémonos de cháchara. ¿No vas a dar de comer a un viejo amigo?

Frol movió la cabeza de un lado a otro con comedimiento.

—Hay cosas que no cambian. Vamos, tragaldabas —dijo sonriente, cogiéndolo del brazo—. Ven a saludar a Gwenda y a Frimm. Luego te busco un hueco junto a la barra. Pero no te comas a ningún comerciante, ¿eh? —añadió con una risa entrecortada.

Ambos amigos pasaron riendo entre las mesas del comedor.

—¿Te decides o qué? —dijo Taugh con impaciencia.

Garmin estudiaba con expresión concentrada los dos dados de hueso que escondía bajo el cubilete de madera y cuero. Buscaba una salida gloriosa del atolladero en que se encontraba. No quería volver a perder. Sentados a los lados del tablón, sobre balas de heno, Frimm y Torf observaban la jugada con atención. Los cuatro muchachos disputaban una partida al “embaucador”, el popular juego trezano. Detrás de los jugadores, media docena de caballos, dos carromatos y dos pares de mulas llenaban las amplias cuadras del *Gamo Alegre*, repletas de forraje. El penetrante olor a equino y estiércol flotaba en el ambiente. Afuera, la plata de Menkhara menguante bañaba la posada y el canto distante de los grillos volaba por el aire nocturno.

Garmin miró con preocupación la pareja de reyes y el soldado malamente iluminados por una lámpara rodeada de polillas y se acarició uno de los codos remendados de su chaqueta de lana. Su rostro mofletudo se llenó de decisión y con una arriesgada maniobra arrastró el cubo fuera de la ajada superficie para preparar la tirada. El alarde pueril a punto estuvo de salirle mal y, por muy poco, los dados no acabaron volando por los aires hasta las acémilas. El aprendiz de tahúr agitó el cubilete con grandes aspavientos y de un golpe certero lo aplastó invertido sobre la mesa, levantándolo lo justo para estudiar la tirada con mirada calculadora. Sin mirar a nadie sacó una espada de debajo, la puntuación de menor valor, y con fingido aplomo arrastró el cubilete frente a Taugh. No quería perder, ni recibir una colleja.

—Trío de reyes —proclamó, quizá demasiado rápido.

El otro lo miró poco convencido.

—Así que, ¿trío de reyes? —vociferó el receptor dándole la inevitable colleja. Taugh, el pelirrojo primo de Frimm, no solo era el mayor de los cuatro sino el más fuerte y corpulento, como bien sabía Garmin—. ¿Y para eso estás media noche pensando?

Con una pausa estudiada, el abusón colocó su enorme mano sobre el cubilete y lo arrastró hacia sí con un gesto de suficiencia, mirando a Garmin de soslayo.

—¿Sabes qué? —le espetó socarrón—. No es que sea difícil de superar pero... —destapó el cubilete bruscamente—. ¡No te creo, gordo!

Y tenía razón, porque dentro no había más que otro soldado.

—Ja, ja, ja, ¡Es que lo sabía! —aulló triunfante el incrédulo golpeándose el muslo como un poseso—. Te pillé, embaucador.

Garmin lo miró resignado.

—Es inútil. No sé mentir o no sé jugar. Tanto da.

El perdedor se giró hacia Frimm, que estaba a su izquierda.

—Mañana podríamos acercarnos a Marten—Hal a primera hora, apostar a las peleas de tants y ver a las bailarinas de Sajah. Dicen que danzan casi desnudas.

—Vaya, vaya, muchacho, no sabía que tuvieses esas inquietudes tan grandes con una minga tan pequeña —se mofó Taugh socarrón.

Garmin lo ignoró, cerrando lentamente los ojos y lamentando una vez más el día en que Frimm, él y otros del pueblo se habían bañado desnudos en el río con el deslenguado pelirrojo. El no la tenía pequeña, sólo que el agua estaba helada.

—Me he enterado que el primer premio para el concurso de arco es de siete ruts de oro esta vez, una fortuna —añadió pellizcándose la gruesa papada—.¿No vas a participar, Frimm?

El interpelado miraba distraídamente a las polillas con una pajita entre los dientes.

—Lo estoy pensando —dijo abstraído.

—En serio Frimm,¿vas a hacerlo por fin? —voceó Garmin entusiasmado—.¡Podrías ganarles a todos! Nadie tira como tú.

El joven lo miró especulativamente.

—Vienen grandes arqueros de los cinco reinos. Y los sultaníes ya sabes cómo se las gastan. Ganar sería un sueño y eso es, solo un sueño. Dan también dos ruts al segundo y cuarenta platas al tercero.

En realidad, Frimm confiaba en su buena estrella, en el destino. Algo le decía que estaba a punto de dar un gran paso, a punto de dejar atrás una vida monótona y sin alicientes.

—Pues tanto mejor —sentenció Garmin.

Torf intervino.

—Con dos ruts de oro podría comprar un terreno pequeño y un semental para cría y aún me sobraría para un carro fantástico y tres o cuatro mulas para haceros la competencia a ti y a tu padre.

—¿Y por qué querrías hacer eso? —Garmin siempre entraba al trapo de cualquier picada, por obvia que fuera.

—Por nada, hombre. Era broma —aclaró Torf moviendo la cabeza con una sonrisa entre burlona y condescendiente—. La verdad es que me iría a Salentum. Allí si que hay oportunidades —dijo mirando soñador al techo, rozando la pechera de su sayo gris manchado de grasa. De repente lo miró de nuevo como si acabase de volver de otro lugar.

—He oído que esta vez viene la princesa a entregar los premios.

—Y yo. La vi de cerca una vez, hace un par de inviones —terció Taugh. El corpulento mozo había sido aprendiz de escudero en la fortaleza de Bardennur, hasta que fue expulsado por romperle la nariz al hijo de un oficial en una pelea—. Y no estaba nada mal la moza. Algo caprichosa, dicen, pero eso a mí poco me importa. Si yo perteneciera a la nobleza ya veríais como le hacía un principito.

—Habla más bajo, Taugh —musitó Garmin.

—¿Y a ti qué te pasa? —soltó el aludido replegando el labio superior con una mueca de desprecio—.¿Temes que nos descubran los espías del rey?

Garmin se alegró de que esta vez no llegara la temida colleja.

—No escarmientas —lo recriminó con resignación.

—¿Y qué tendría que escarmentar, cebón?

—Nada, déjalo.

—Pues a mí me gustaría verla —intervino Torf.

Frimm los escuchaba solo a medias. Poco le importaba la princesa. Tanto como seguro que le importaba a ella la comarca. Los de Salentum únicamente aparecían cuando les interesaba por un motivo u otro. Pensaba en la competición. La feria era su gran oportunidad para conseguir dinero suficiente con el que comprar un buen caballo, una silla y una espada y marcharse a recorrer mundo. Llevaba medio ar madurando la idea. No era descabellado pensar que podía sobrevivir como cazador, vendiendo las piezas a posadas y mesones e incluso a fortines y castillos. Estaba harto de Rothern. La vida en *El Gamo Alegre* no era para él. Necesitaba ampliar horizontes, sentir en la cara los alisios de Suldán, galopar por los bosques de Mirdanor, bañarse bajo las cascadas de Hankora y quién sabe si rescatar a alguna dama en apuros.

Garmin lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué me dices entonces, Frimm?¿Nos acercamos a Marten—Hal por la mañana?

—Claro, pero no cuentes con mi dinero. Sólo tengo veinte ruts de cobre.

—He oído que también hay adivinos y una bruja que te lee el destino en unas extrañas cartas.

Frimm lo miró con interés.

—¿De veras?

—Eso son paparruchas para sacar el dinero a los necios —terció Taugh lanzando un escupitajo.

—No es eso lo que me ha contado mi prima Lisbeth —se defendió Garmin—. Dice que una bruja le predijo hace un ar que tendría un niño este embión. Y ya veis.

—Sí, ya vemos.¿Y a ti que te dijeron, que tendrías gemelos? Taugh y Torf se partían de risa y Frimm sonreía.

—Espero que Mirkán —replicó Garmin haciendo un giro circular de la mano sobre el corazón seguido de una mirada hacia arriba— no valore tu presente vida por la gracia de tus chistes. Si es así, te veo en el Vakhión.

Taugh enmudeció, pero la chulería era mayor que el miedo.

—Yo hago y digo lo que me sale de los cojones, gordo —espetó amenazador.

—Haya paz —intervino Torf—. Pero ya que sacáis el tema, os recuerdo que quedan unos días para las ofrendas y convendría ir preparándolas, muchachos. Sadul, el adepto de Rothern, no para de decir que la mejor forma de honrar a Mirkán este ar es con un donativo lo más generoso posible,

de acuerdo con las propias posibilidades.

—¿Y qué va a decir? Les hará más falta la pasta —dijo Taugh irritado—. Se nota que por aquí no vienen los segregacionistas. Tenéis todo muy clarito en vuestras cabezas de chorlito.

—¿De qué hablas, Taugh? —preguntó Torf.

—Hablo de que por ahí cobran fuerza otras formas de pensar.

—No blasfemes, Taugh —intervino Garmin haciendo de nuevo la señal de Mirkán.

—Calla beato y sigue con tu obrita de madera podrida —Garmin trabajaba en una pieza de madera de tog que pretendía representar a un fiel arrodillado haciendo el signo de Mirkán junto a un cuenco con fruta. No era un mal tallador. Siempre les decía que Mirkán valoraba las ofrendas que nacían del esfuerzo por encima de los bienes personales.

—Hay gente que cree que si Mirkán hace y deshace a su antojo y tampoco recordamos nada de las encarnaciones pasadas —prosiguió Taugh—. ¿Para qué seguir la senda de la superación? Los segregacionistas viven con todas sus consecuencias y hacen lo que les sale del rabo.

—En Marillón podrían cortarte la lengua por decir eso —dijo Garmin ofendido.

—No estamos en Marillón.

—Poca diferencia hay entre el que vive sin freno, satisfaciendo todos los deseos, y un animal.

—¿Y no adivinas cuál es el mío en este momento?—Taugh lo miró con la mandíbula apretada y el ceño fruncido. El primo de Frimm tenía siempre un aire de violencia agazapada que imponía. Garmin se encogió, pero no pudo callar.

—Allá tú —apostilló.

La colleja fue dolorosa esta vez.

—Hace medio *menkhar*, la ira de Mirkán golpeó otra vez en Suldán —dijo Torf.

Ahora le tocó a Taugh encogerse.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lo escuchó mi tío en una taberna de Marten—Hal.

—¿Y se llevó a alguien por delante?

—Dicen que la bola de fuego incendió una plantación de gash.

El belicoso primo de Frimm respiró aliviado.

—Quien pillara una buena remesa —dijo con aire calculador.

Garmin lo miró escandalizado.

—Para ganar dinero, atontado.

Garmin no respondió. No le gustaba el cariz que tomaba la conversación. El silencio se paseó por el establo. De repente, el canto de los grillos pareció atronador.

—¿Por qué no tocas algo, Frimm? —soltó Torf.

—Sí, toca la tonada de *Belda la guarra* y *Tom el pardillo* —dijo Taugh.

—No sé, se está haciendo tarde...

—¡Vengaaaaa! —lo animaron todos a coro, Garmin incluido—. Solían hacerlo cuando Frimm se hacia el remolón para coger su citarda.

—Vale —dijo con fingida desgana.

Se incorporó y cogió el instrumento que tenía apoyado en una bala de paja. Se sentó de nuevo y afinó las cinco cuerdas de tripa de cerdo con desenvoltura.

—Seguro que esta te suena, Torf —dijo guiñando un ojo al pequeño mozo.

Comenzó a tocar una pieza animada y alegre. Todos la reconocieron, era *Milta, la buscona*.

*Milta la fresca era buena moza
y en una taberna fregaba la loza.
Vendía su cuerpo por cuatro monedas
y más de un borracho le contaba sus penas.*

*Pasaba más tiempo, tumbada que en pie
y soñaba despierta con llegar a ser
una cortesana con muchas sirvientas,
bailando con nobles en todas las fiestas.
Más, cada mañana al salir de cama,
sonaba una voz que así le gritaba
—todos corearon—:*

*¡Levántate Milta y mueve el trasero,
que moza dormida no hace dinero!*

*Los días pasaban sin pena ni gloria,
hasta que un buen día cambió su historia.
El hijo de un conde de poco entender,
prendado quedó de su buen hacer.
Confuso y obtuso,
tumbado en la alcoba,
un día propuso
campanas de boda,
pero llegó el padre, cortó el bodorrio,
y la buena moza quedó sin novio.
Y cada mañana al salir de cama*

oía de nuevo la voz de su ama

—todos corearon—:

*¡Levántate Milta y mueve el trasero,
que moza dormida no gana dinero!*

Así continuaron un buen rato, hasta que las canciones más alegres dieron paso a alguna melancólica balada. Finalmente, Frimm decidió que ya era momento de retirarse, dejó la citarda y se levantó estirando los brazos en un prolongado bostezo.

—Creo que me voy a acostar —dijo el joven arquero—. Quedamos en el cruce de la fuente a la primera *marcaluz*. ¿Vale, Garmin?

—Vale, te recogeré con la carreta —Garmin trabajaba con su padre llevando leña, provisiones y lo que hiciera falta por Rothern y los pueblos de los alrededores.

—Yo también iré —se apuntó Torf—. Mañana me sustituye Peltra y tengo el día libre. ¿Tú no vienes, Taugh?

—No —dijo el grandote secamente—. Tengo que negociar algunos asuntos.

Los demás callaron. Sabían por experiencia que había temas de los que el primo de Frimm nunca hablaba.

Garmin se levantó.

—De acuerdo. Quedamos así, pues. Ahh —añadió, como distraídamente—, Lisail y una amiga me dijeron que se pasarían antes de la tercera *marcaluz* y que estarían donde los tenderetes de las baratijas, perfumes y eso. Adiós.

Con una pedorreta a Taugh, Garmin salió corriendo de las caballerizas.

—Te voy a... —le gritó el pelirrojo riendo.

La voz del muchacho aún sonó de nuevo a lo lejos—.

—¡Y traed algo para comer, yo pongo la bota de vino!

II

Salentum relucía bajo el cielo de la mañana como una moneda recién acuñada. En un cuarto del palacio de Bardennur, el mestru Rionnan explicaba a la princesa Sanhia los pormenores de la historia de los reinos. Los rayos de Sirum se colaban sesgados por la gran ventana y envolvían con un brazo de luz al viejo tutor, la pizarra y buena parte de los libros, pergaminos y mapas que usaba en sus clases. La joven escuchaba sentada en la frontera entre luz y penumbra, con una mano haciendo bucles en la melena rubia y el aburrimiento dibujado en sus delicadas facciones. A Sanhia, a veces el mestru le resultaba pesado, exasperante. Rionnan no era un mal hombre, pero la hacía repetir las cosas una y otra vez hasta asegurarse de que lo había memorizado todo convenientemente. El viejo mestru veía en la constancia y la claridad de juicio las mayores virtudes para lograr cualquier meta.

A Sanhia tantos datos la abrumaban y tampoco comprendía la importancia de recordar todos esos nombres de reyes, dinastías y batallas. Las charlas sobre leyes, normas e impuestos también le resultaban soporíferas y no veía de qué podían servirle en su situación, por mucho que su padre le repitiese que un gobernante tiene que conocerlas para ser justo con su pueblo. Entonces, ¿por qué su hermano Bastiak, príncipe heredero, estaba siempre en otro sitio? Solo le interesaban parcialmente las clases de geografía, la estrategia de los ejércitos en las batallas y las costumbres de los otros reinos, porque le permitían situar sus sueños de recorrer mundo e imaginar una vida viajera, sin las responsabilidades tediosas de una princesa. La atraían de una forma romántica las tierras del norte. Se imaginaba galopando con el viento por maravillosos parajes, entre verdes colinas y ríos impetuosos, perseguida por un príncipe atractivo y misterioso. Solo disfrutaba de la verdadera libertad cuando montaba a *Menkhara*, su esbelta yegua trezana. "Como me gustaría estar ahora fuera con este día espléndido", pensó mirando distraída por la ventana.

Entonces vino a su cabeza el viaje que tenía que hacer a Marten—Hal y que nada le apetecía. Que fastidio. ¿Por qué a veces su pensamiento iba por su cuenta y le recordaba lo más desagradable? Al menos no iría sola con la aya y la acompañarían sus amigas Liztiel y Dulbia. Pero ahora quería disfrutar de la tarde y guardar en un cajón de la cabeza las tediosas obligaciones. Dejó el viaje a un lado y pensó en Arteón, el primer vástago de la Demarcación Rithean, a quien volvería a ver en las fiestas en honor de Mirkán. Se conocían desde que eran niños y era alto y guapo. Lástima que fuese tan arrogante y con esa fama de mujeriego, aunque eso tampoco le importaba demasiado. Todos los chicos lo eran si tenían oportunidad y con un porte como el suyo era normal. Se preguntó con qué clase de hombre se casaría. Su padre ya comenzaba a insistirle en la conveniencia de buscar alianzas beneficiosas para Trenz. Y Arteón no era precisamente galán de su devoción, como le recordaba a menudo. "Tu padre ya está muy viejo Sanhia y el Primer Mago también", le decía el

rey. No sabía realmente a donde quería llegar Gronne, porque ella no estaba dispuesta a dar su mano a alguien por pura conveniencia. Su padre ya le había hablado varias veces del rey Carlin de Marillón, el reino vecino, que contaba con un ejército poderoso y las arcas llenas; aunque sospechaba que solo para tantearla. En los cotilleos de los bailes de palacio había oído que Carlin era un depravado que se atiborraba de opalum rodeado de esclavas desnudas. Lo quitó de su cabeza y volvió a pensar en Arteón. Se le había insinuado la última vez que habían coincidido tras una cacería y ella lo había dejado en ascuas. Lo haría sufrir un poquito más, como a los otros. Le encantaba sentirse deseada. Recordó como la miraban los oficiales y soldados de Bardennur y sonrió con satisfacción coquetería.

El mestru la sacó de sus ensoñaciones.

—Y entonces el rey Asanard se convirtió en alcornoque y salió volando hacia las estrellas para ver el mundo desde allí —soltó Rionnan—. ¿Me prestáis atención, princesa?

—Os escucho querido Rionnan, os escucho —dijo la joven mirándolo con cara de resignación.

—No me cabe duda. ¿Y de qué hablaba?

—¿De lo negativo que fue para Trenz bajar los aranceles en el mercado de madera hace cincuenta ars?

—Correcto. Salvo que lo ubicáis mal en el tiempo. De eso hablé hace media *marcaluz*. Ahora solo comentaba como Asanard convertido en alcornoque voló por el firmamento.

—¿De veras? ¿Fue magia?

—Lo siento, mestru —dijo Sanhia con su mejor sonrisa de compromiso—, a veces me cuesta mantener la concentración.

—Princesa, el pensamiento es como un caballo salvaje o como un asno retozón. Hay que controlarlo con las riendas del hábito y la disciplina para que no se distraiga y campe a sus anchas por los campos de los sueños ociosos.

—¿Y no os cansáis de tanta disciplina? ¿De no permitir os divagar, soñar, aunque sea con utopías?

—Lo que yo sueñe o deje de soñar es asunto mío, princesa. —Rionnan se apretó el delgado puente de la nariz—. Al igual que vuestra educación. Hablaba de la muerte repentina del rey Fuord de la vecina Mirdanor durante la última guerra con Marillón hace más de un centar. Ese acontecimiento resulta fundamental para comprender por qué se hizo con el reino del este el linaje del rey Carlin.

Sanhia rebulló inquieta en su silla de tog mientras se estudiaba las uñas con indiferencia.

—Sí, supongo que es imprescindible que sepa como llegaron al poder los antepasados del vicioso rey Carlin para poder seguir viva y que continuéis repitiéndomelo una y otra vez. Pero decidme... —preguntó con un brillo malicioso en sus ojos verdes— ¿ya vivíais entonces, mestru

Rionnan?

—Si pusiérais la misma atención en aprender que en lanzar puyas, antes podríais ir a montar a *Menkhara*, como deseáis desde hace un buen rato. ¿Me equivoco?

—Me conocéis bien, a qué negarlo. A veces, hasta diría que me leéis el pensamiento.

—Sois un libro abierto, princesa —dijo el viejo profesor pasándose la lengua por los labios reseco—. Y no soy tan mayor, aunque a veces os lo pueda parecer. Sólo intento que comprendáis que la vida no se reduce a bailar, montar a caballo y asistir a fiestas en las que coquetear con pretendientes aduladores.

—Olvidáis estas clases y las de la aya.

—Que muy útiles os resultarán. La cultura general, potenciar las habilidades y conocer el pasado y nuestro sistema de gobierno es fundamental para que algún día podáis aconsejar con criterio a vuestro diletante hermano.

—¿Dile... qué?

Rionnan suspiró con gesto cansado.

—Sabéis tan bien como yo que vuestro padre cuenta con vos para ayudar al príncipe Bastiak cuando se ciña la corona. Y no falta tanto para que tenga que dejar de lado sus aficiones por la flauta y el cincel para regir Trenz. El rey Gronne empieza a sentir el peso de la edad.

—Olvidáis a las mujeres, la primera afición de mi hermano —replicó Sanhia como quien habla de un tema que domina muy bien—. De todas formas, hasta que mi padre abdique o nos abandone quedan por lo menos veinte ars.

—O no. Largo lo fiais, princesa. La vida es un misterioso sendero, a veces con más sombras que luces, pero también esconde sorpresas inesperadas que precisan de un buen juicio para no desorientarse.

—Y ahí entra el conocimiento de la historia —dijo Sanhia burlona, jugando otra vez con un bucle de su rubia melena.

El viejo profesor continuó impasible.

—Así es. La historia nos enseña las causas y los efectos. Nos permite aprender de los errores o de los aciertos que otros cometieron y con ello mejorar nuestro juicio a la hora de tomar decisiones.

—A mí me gustaría tener mis propios aciertos y cometer mis propios errores, no que otros los cometan por mí. Y parece que no estoy en el mundo adecuado para hacerlo.

—Creo que deberíais escuchar la historia de los hijos del rey Formien, el gran caudillo de Mirdanor.

—¿Y por qué?

—Porque os puede enseñar algo importante sobre el peso de nuestros actos y sobre el inesperado papel que a veces nos depara el destino. Tened un poco de paciencia y escuchad—.

“Hace ya cuatro centars, el viejo rey Formien gobernaba en Mirdanor. Era viudo desde hacía mucho tiempo y tenía tres hijos, dos de su primera esposa Tarlin, ya fallecida, y un tercero de la última, Marlena, una joven a la que había amado con locura y que murió pocos ars después de darlo a luz. El primogénito se llamaba Fabian, su hermano, Arturus, y el hermanastro y benjamín, Neliom. Pues bien, las leyes del reino de Mirdanor eran muy claras sobre la sucesión— correspondía heredar el trono al primogénito; y así había sido siempre. Sin embargo, Formien sólo veía en Fabian un joven despiadado y conspirador y en Arturus a un vividor débil y disoluto. De hecho, le habían llegado informes de sus hombres de confianza que sugerían incluso planes de traición de la pareja de vástagos. Neliom le parecía el candidato idóneo para convertirse con el tiempo en un rey justo y cabal. Era un muchacho de apenas dieciocho ars, pero con un juicio y nobleza fuera de lo común. Además, a diferencia de los otros dos, amaba a su padre y Formien lo sabía. Un día el rey los mandó llamar y les dijo sin más:

—Hijos míos, sabed que estoy muriéndome y que se acerca el fin de mis días.

Como esperaba, solo Neliom acusó el impacto de la terrible noticia y lo interrumpió con la voz ronca de emoción.

—¿Qué os ocurre, padre?

Formien lo miró con cariño.

—Déjame seguir, Neliom —continuó pausadamente—. Me aqueja un extraño mal y mi muerte está más cercana de lo que me gustaría. Mi deber como soberano de Mirdanor es asegurar, en lo que pueda, el bienestar de mi pueblo para cuando yo ya no esté. Sé que las leyes de sucesión son claras al respecto y los tres las conocéis bien. Es el primogénito el legítimo heredero. Sin embargo, es mi potestad real el cambiarlas, si así lo creo oportuno.

Aquí Formien hizo una pausa para ver el efecto de sus palabras. A Fabian le había cambiado la cara, Arturus lo observaba alelado y Neliom escuchaba con interés.

—Por ese motivo estáis aquí. He dispuesto que tendréis que pasar una prueba que me demostrará quien tiene corazón y juicio para continuar mis pasos con sabiduría y justicia.

El rey hizo aquí otra pausa que aprovechó Fabián para intervenir acaloradamente.

—¿Y puede saberse quien os ha metido esa idea en la cabeza, padre?¿A qué viene este despropósito? —Su voz se convirtió en un grito—. ¡Sabéis que el trono me corresponde por derecho! Soy el mayor y vuestro heredero.

—Silencio —lo cortó Formien con voz firme y mirada de acero—. Cuando te dirijas a mí, no olvides que soy el rey, mozalbete.

Fabian reculó bajando la cabeza como un perro acobardado.

—Que seas mi primogénito y heredero no me basta —prosiguió el rey—. El consejo ya está informado y mañana al amanecer os presentareis ante mí en el patio de armas. Allí os diré lo que

espero de vosotros. Y no se hable más.

Al día siguiente, al alba, los tres hijos del rey se presentaron ante él y este les dijo—.

—Como os conté ayer, me estoy muriendo. Soy presa de una rara enfermedad y el médico solo me da de vida hasta inviación. Sin embargo, el mago Gamrus me dijo ayer mismo que aún existe una posibilidad para mí —Formien miró a sus hijos uno por uno—. En el monte Irius hay una cripta olvidada, maldecida por Sherll, dios del Vakhión. Es fácil de encontrar si sabes donde buscar. Se halla en la pared vertical del oeste tapada por una roca muy negra y en su interior fluye un manantial de agua bendecida por Mirkán, que dicen, cura de cualquier mal. Sin embargo, el enfermo no puede tomarla por sí mismo. Solo alguien de su misma sangre, puro de corazón y con un fin sincero puede acercarse al manantial, recitar una plegaria por su salvación y llevarse el agua milagrosa para curarlo. Si sus verdaderos fines son egoístas no podrá hacerlo y quedará condenado a compartir el destino de aquel a quien supuestamente intentaba salvar. Hace centars, en la edad antigua, mucho antes de que el manantial fuera maldecido, se dice que decenas de aventureros viajaron hasta allí porque se rumoreaba que el agua de Irius te convertía en inmortal si la bebías fuera de la cripta. Hay quien sostiene que uno lo consiguió. Si es así, se ha ocultado muy bien desde entonces.

—Toda esa historia me parece una patraña absurda. ¿Quién os la ha contado, padre? —terció Fabián despectivamente—. Nunca he oído nada de esa cripta y por mi parte...

—¡Basta! —el rey lo fulminó con la mirada—. Estoy harto de tus impertinencias. El Primer Mago ha preparado un bebedizo que os hará inmunes a la maldición de Sherll para que podáis entrar en la cripta sin riesgo, acercaros al manantial e intentar traerme el agua. Aquí lo tengo.

Fabián se agitó nervioso. Gamrus siempre le había intimidado.

—Me ofendéis, padre, ¿Tan poco os fiáis de mí?

—Me fío tanto de ti como del amor que me profesas, hijo. No lo dudes —dijo Formien. Y su primogénito no supo que pensar ante la seriedad de su semblante.

—¿Y si los tres lo conseguimos?

El rey lo miró fríamente.

—Lo dudo mucho, pero si es así, se respetará la tradición y tú, Fabián, serás coronado a mi muerte.

Formien sacó entonces tres pequeños frascos de color escarlata y dio uno a cada hijo.

—Por cierto, Gamrus sabrá al momento si intentáis engañarnos con agua normal y corriente. Ahora bebed.

Fabián miró el frasco con desconfianza, pero finalmente se lo llevó a los labios y con una mueca de asco trago el líquido. Los demás lo imitaron.

—Y ahora partid sin más dilación —terminó Formien—. Mi tiempo se agota.

El rey se retiró y los dejó allí plantados. Fabian miró a Neliom de reojo y se giró hacia Arturus.

—Ese monte está a unas doce leguas. Podemos cabalgar juntos. Neliom no nos necesitará, sabe cuidarse solo. Vamos.

Y allí dejaron a su hermanastro.

Sirum no había alcanzado aún su cenit cuando Fabian y Arturus doblaban el último empinado recodo antes de tener el monte Irius a la vista. El primogénito detuvo a su caballo *Audaz*, el más veloz de las cuadras reales, y su hermano lo imitó con *Amanecer*, una yegua zaina casi igual de rápida. Los caballos bufaban agotados.

—Escucha —dijo Fabian en tono tenso mirando su pulsera—. Neliom aún tardará al menos media *marcaluz* en llegar, tenemos tiempo de sobra y no quiero que te echés atrás. Ya sabes que conmigo en el trono, el puesto de Primer Espada es tuyo; pero con ese bastardo reinando solo nos espera el destierro o algo peor. ¿Sigues a mi lado en esto?

—Sabes que sí, pero sigo pensando...¿No hay otra forma de hacerlo? Neliom es...

—¡Cállate! Ya te lo dije. Será la mejor ocasión.¿Acaso crees que podré tocar el agua bendecida sin compartir el destino de padre?¿Te atreverías a hacerlo tú? Neliom lo conseguirá; ya sabes el afecto que siente por él y tanto si lo cura como si no, estamos acabados.

Arturus sujetó con fuerza las riendas de su yegua. Le temblaba la voz.

—¿Y qué le diremos a padre?

—Nada, porque el cuerpo de Neliom nunca aparecerá.

—¿Y si cree que lo hemos matado?

—Los dos diremos lo mismo, que no lo vimos por ningún lado. El rey no se atreverá a hacer daño a sus dos herederos.

—Está bien—dijo Arturus dócilmente.

—Así me gusta. Colócate a ese lado, tras esos matorrales, donde no se refleje la luz y apunta bien al corazón. Siempre has tenido buena puntería. Dispárale justo cuando doble el recodo, tendrá que hacerlo al paso. Yo haré lo mismo. No podemos fallar o se escapará —Fabian lo miró con dureza—.¿Entendido?

—Sí —dijo su hermano en un susurro inaudible.

—¡No te oigo!

—¡Siiiiii! —gritó Arturus, girando a *Amanecer*.

Fabian se alejó hacia una pequeña loma, escondió su caballo, y se estiró tras unos arbustos. Allí permaneció como un lobo al acecho. Arturus aguardaba escondido al otro lado del sendero. Así esperaron un rato los dos, con las ballestas prestas, sudando por dentro y por fuera. No había pasado media *marcaluz* cuando se escucharon unos cascos al trote que fueron bajando de intensidad y dejaron paso a unos sonoros relinchos. Una figura asomó al poco por el camino montada en una

yegua blanca como la leche. Era Neliom. El muchacho vestía una sencilla casaca verde sobre una cotardía dorada con el emblema de Mirdanor bordado con vivos colores en la pechera. Sirum ya brillaba en su cenit. Ambas ballestas le apuntaron al corazón y entonces...”

Rionnan se calló repentinamente y espero la reacción de la princesa. Sanhia había estado escuchando con creciente expectación y ahora lo miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué ocurrió, Rionnan? Vamos,¿qué pasó?

El mestru se tomó su tiempo, entornando sus ojillos de topo como un viejo tahúr con un buen farol.

—Bahh, realmente no creo que os interese. Creo que tenéis razón y no es tan importante.

—Vamos Rionnan, por favorrrrr —le rogó Sanhia con una sonrisa encantadora.

El tutor la miró con un gesto de resignación.

—Está bien, princesa, me habéis convencido. Esto fue lo que pasó.

—Apenas puso la mirada en el corazón de su víctima y el dedo intentó disparar la ballesta, Fabián cayó fulminado.

Sanhia no se lo creía.¿Qué final era este?

—Pero¿por qué?¿Había alguien más allí?

—No. Estaban solos —dijo Rionnan, satisfecho con la expectación de su alumna.¿No lo adivináis?

—No —dijo Sanhia confundida.

—El bebedizo que habían tomado para evitar la maldición no era tal. Era un poderoso hechizo que provoca la muerte a quien intenta herir a alguien de su propia sangre

—Vaya.¡Que historia! —dijo Sanhia asombrada. Luego se quedó pensativa y preguntó — pero...¿Y Arturus?¿Por qué no murió?

—Porque realmente nunca tuvo la intención de matar a Neliom y no intentó dispararle.

—Y si lo hubiesen atacado con espada y Neliom se hubiese defendido de ellos, habría muerto también,¿no?

—No. El hechizo no actuaba sobre el que era atacado, princesa, solo sobre quien intentaba hacer daño de mala fe. El desenlace puede parecer cruel, pero el rey les dio a todos la misma oportunidad de demostrar lo que anidaba en sus corazones. Sabía que si elegía a Neliom, su hermano Fabián pasaría toda la vida conspirando. Él era el verdaderamente peligroso. Arturus sólo era un pusilánime. Formien anteponía la justicia a cualquier sentimiento paternal. Toda la historia del agua de la cripta era una patraña, pero el rey estaba en verdad mortalmente enfermo y, de hecho, murió poco después. Neliom lo sucedió en el trono y se convirtió en uno de los reyes más queridos por el pueblo. Las lecciones más importantes de esta historia son dos—. Nunca des nada por sentado, porque los designios de Mirkán son un misterio y deja que la justicia te guíe, por duro que sea.

Sanhia pensaba más bien en otras partes del relato.

—Se nota que fuisteis sacerdote de Mirkán. Habladme de la magia, Rionnan.

—¿Que os hable de la magia? —el viejo mestru pareció evocar algo olvidado—.

—Sí.

—La magia... —repitió pensativamente—. Poco sé yo de magia; y desde luego no soy el más indicado para hablaros de ella. De eso deberíais hablar con el Primer Mago, princesa.

—Pero Ariolt es muy serio y distante y siempre parece muy ocupado. Sólo trata con padre. ¿Algo sabréis, no?

Rionnan miró por la gran ventana del cuarto y contempló la lejana cordillera de Roanem, como si rebuscase en la memoria. Unos grandes nubarrones provenientes del norte cubrieron a Sirum con un opaco velo gris. El sonido de un trueno retumbó en la lejanía y rompió a llover con fuerza. Sanhia se levantó con una mueca de fastidio.

—Vaya. Ya se ha puesto a diluviar.

—No os preocupéis por eso, princesa. Los picos de Kralen están despejados. Es sólo una tormenta de embión. Será tan efímera como vuestro interés por la magia —sentenció con sorna volviendo junto a la pizarra.

—Espero que tengáis razón —dijo Sanhia observando el aguacero. Odiaba la lluvia—. Y mi interés por la magia es sólo simple curiosidad. ¿Qué tiene de malo si aprendo algo diferente? —dijo sentándose junto al mestru.

—Nada en absoluto —concedió Rionnan con tono académico sentándose en una silla—. Como os dije, poco sé de magia y como supongo que sabéis, solo existen tres Primeros Magos en los cinco reinos. Por fortuna en estos tiempos se llevan bien y el más poderoso sirva a vuestro padre. Además de Ariolt que, ahora que no nos oye, os diré que es muy, pero que muy viejo, están Randuín de Hankora y Batrios de Mirdanor. Luego nos quedan el mago Kerion discípulo del malogrado Primer Mago Ruasgell, y algún que otro brujo en Suldán. Hay quien dice que también quedan unas cuantas brujas, más que nada, adivinas que leen las runas o curanderas, en realidad mujeres con capacidad para ejecutar sencillos conjuros, pero sin verdadero poder. Eso dicen, claro. Lo cierto es que las gruesas murallas de Salentum están protegidas por hechizos muy antiguos que conoce bien Ariolt. Parece que sus artes de encantamiento son potentes, pero el mismo ha dicho alguna vez que son sólo una sombra comparadas con las habilidades taumatúrgicas de Bariol, un mago hankorano, creo, considerado el más poderoso de la era antigua. Desde su desaparición tras la gran guerra en la que, dicen, expulsó a los *wunts*, la fuerza de la magia parece que menguó y en lustros no han cuajado ya verdaderos Primeros Magos.

—Nunca me habéis hablado de esa guerra y apenas sé nada de esos *wunts*. Eran demonios, ¿no?

—Es que esa guerra, o lo que fuera, ocurrió casi al final de la era antigua princesa y solo

sabemos de ella lo que nos ha llegado por algún manuscrito, unos pocos poemas y creo que alguna balada muy imaginativa. ¿Qué es leyenda o fabulación? ¿Qué es verdad? Resulta difícil de saber. Parece ser que esos *wunts* dominaron Arkhon durante bastante tiempo, pero muy poco se sabe de esa era siniestra. Se dice que esos seres eran espíritus malvados venidos del Vakhión o traidores a Mirkán que regían los designios de los hombres, a los que poseían hasta forzarles a dejar sus cuerpos.

—¿Dejar sus cuerpos? Queréis decir “matarlos”?

—Imaginad que alguien está dentro de vuestros pensamientos y conoce vuestros más íntimos miedos y anhelos. Alguien que os maneja a su antojo pudiendo provocaros incluso el más terrible dolor.

—Eso es horrible. Ser una marioneta sin intimidad, sin voluntad, sin escapatoria —concluyó Sanhia con un escalofrío.

—Dicen que los poseídos si la tenían.

—¿Y cuál era?

—El destierro de su alma.

—¿A dónde?

—No al Mengrial desde luego.

—¿Al Vakhión?

—No lo sé. En un viejo poema leí una vez el nombre de Caun, o algo así.

—Y eso ¿qué es?

—Supongo que el supuesto “hogar” de los espíritus *wunts*. Estoy hablando de más —dijo Rionnan repentinamente contrito—. Si me oyese el Hierofante...

—Creía que solo existían el Mengrial y el Vakhión.

—Quizá el poema pecaba de exceso de inventiva, pero en todo caso menciona al Caun ese como un lugar de pesadilla. Claro que, ¿quién estuvo y regresó de allí para contarlo?

—¿Nuestro dios no nos protegía?

—Mirkán no interviene directamente en los asuntos terrenales, Sanhia. —dijo Rionnan con gravedad. El mestru había sido uno de sus sacerdotes—. Ni tampoco el terrible Sherll. Eso dicen los escritos antiguos y los propios hierofantes, su voz en Arkhon. Aunque en otra narración se dice que Mirkán, de alguna forma lo hizo. Aunque eso es una elucubración de un historiador cuyo nombre no recuerdo bien.

—¿Cómo?

—Sugiere que el dios Mirkán envió al mago Bariol.

—Pues si fue así, debió ser un mago muy poderoso para expulsar a esos demonios.

—Nada hay escrito sobre él que pueda considerarse fiable. Hay hasta quien habla de la

intervención de un dragón.

—¿Dragón?

—Imaginad un gigantesco lagarto volador, grande como una casa y con alas y fauces por las que arroja el fuego de sus entrañas.

—Suena horrible.¿Y qué fue de ellos entonces?

—Ni siquiera he dicho que ese haya existido Solo hablaba de cuentos, poemas, manuscritos.

—Menudas historias. Ya veo que siempre hay peores épocas y lugares en los que vivir, y no solo por las guerras.

—Las historias antiguas a menudo crecen de formas insospechadas y lo que nos llega es sólo una patraña o una fabulación con poco de verdad.

—Sea así o no, no me quejaré nunca más de mi suerte —concluyó Sanhia con ironía.

—Bien princesa, es bueno saber apreciar lo que tenemos; y ya que hemos hablado de Mirkán, eso me recuerda vuestra ofrenda.¿Cómo la lleváis?

Sanhia pensó en el pequeño tapiz que estaba bordando bajo la atenta mirada de la aya.

—Ya casi está terminada.

—Deberíais plantearos algo distinto a un bordado —dijo Rionnan.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Por qué creéis que esa será mi ofrenda?

El mestru se quedó paralizado como una pintura. Al fin, reaccionó con tardía naturalidad.

—Lo habré oído por ahí.¿Habéis pensado en entregar una promesa? —Los fieles más devotos a menudo ofrendaban a Mirkán una promesa escrita en pergamino o piel, que quemaban con incienso. Se decía que el dios valoraba más el esfuerzo cuanto mayor era el sacrificio.

Sanhia no lo tenía pensado.

—El próximo ar, quizá —dijo evasiva.

—Así sea —concluyó Rionnan levantándose—. Y ahora con vuestro permiso princesa, me retiro ya. Es la *marcaluz* de mi meditación, dijo mirando su pulsera de *pedraluz*.

Sanhia se levantó también y volvió junto a la ventana. El mestru había acertado. El cielo comenzaba a despejarse y ya apenas llovía. Podría galopar con *Menkhara*. Como le apetecía. No podría hacerlo en unas cuantas jornadas porque al día siguiente le esperaba un largo viaje en carroza hasta Marten—Hal. Allí asistiría a la conocida feria para, como decía su padre—. ”confraternizar con el pueblo y las autoridades locales”.

Varias *marcasluz* después, Sanhia dormía en su habitación de Bardennur.

Estaba de pie en una inmensa estancia repleta de columnas que se perdían en una bóveda difusa llena de nubes crepusculares, ocres dunas ondulantes y árboles de copas frondosas ansiosas de

luz. Sanhia lo encontraba de lo más natural porque el lugar le resultaba vagamente familiar. A pesar de todo, una indefinible desazón agitaba sus pensamientos cual espigas de sama ebrias de viento. Tampoco sabía que hacía allí, sola, perdida. Tal vez esperaba algo. De pronto, sintió una presencia que la tanteaba por dentro, sondeando sus emociones, de manera sutil, pero insistente. Un contorno enorme se perfiló muy alto en la bóveda y cobró forma hasta convertirse en las facciones de una mujer de etérea belleza que le resultó tremendamente cercana. Hasta que reparó en el porqué. Era una copia de ella misma.

—*Saludos, princesa* —sonó una voz dentro de su cabeza.

—*¿Quién sois?* —se oyó preguntar.

—*He venido a verte, mi niña.*

—*No os conozco. ¿Dónde estoy?*

—*Estás en tu verdadero hogar.*

—*Pero yo vivo en el palacio de Trenz. ¿Dónde está mi padre?*

—*Ese a quien tu llamas padre aún no ha nacido.*

—*¿Cómo es eso posible?* —Sanhia seguía escuchando su propia voz aunque no era consciente de estar moviendo los labios.

La imagen fluctuaba como vista a través del agua, un agua que se estaba enturbiando.

—*Creo qué...quiero marcharme* —dijo desviando la mirada y volviendo la cabeza para intentar salir de allí. No bien dio el primer paso, se encontró en medio de una terraza gigantesca rodeada de minaretes y torreones de colores cambiantes que se movía entre las nubes, flotando a gran altura. Una luz cobriza lo teñía todo. Se dio cuenta de que temblaba de frío. Una fuerte ráfaga de aire helado la empujó hacia delante y se encontró cien pasos más allá, al borde del abismo. Miró hacia abajo. El paisaje era un lienzo bicolor. El verdor de la tierra moría a la vera de un río grande como un mar, frontera entre vida y desolación. El otro lado era un sudario negro y tenebroso. De repente, escuchó un fuerte aleteo, como de ropa al viento, seguido de un rugido ronco e indescriptible. Algo se acercaba entre las nubes. Escrutó el cielo con los ojos entornados, pero nada vio; hasta que una llamarada brilló entre los grandes algodones y tras la luz surgió un monstruo de descomunales proporciones. Recordaba a un lagarto colosal; pero tenía unas grandes alas salpicadas de manchas canela y escarlata y unas fauces terribles, llenas de afiladísimos colmillos. El pecho, las patas y la larga cola estaban recubiertos de escamas iridiscentes. Sin saber por qué, no sentía miedo del increíble animal, le parecía fascinante. La criatura estaba ya a apenas veinte o treinta pasos y pudo ver que sus ojos brillaban con inteligencia, pero también con complicidad y reconocimiento. Y ella sólo deseaba que se acercara más. Cuando la bestia giró la enorme cabeza, vio al jinete que la montaba. Era un hombre de pelo castaño, vestido totalmente de rojo, con un arco cruzándole el pecho. El dragón llegó frente a ella y allí se quedó aleteando, a apenas cinco pasos. El vendaval que

provocaba la hacía pestañear y alborotaba su pelo. Los rasgos del desconocido fluctuaban borrosos, como desdibujados por un velo de seda al viento. Solo sus ojos permanecían quietos, mirándola con atrevida fijeza y decisión. Y sintió como si lo conociese de mucho tiempo atrás. La voz le llegó como un extraño eco.

—*Te he echado mucho de menos, Nandiemih.*

—*Yo también a ti, mi amor* —se escucho decir con voz temblorosa.

—*No deberías estar aquí. Debo alejarte de este lugar.*

Entonces el dragón se acercó a la plataforma y ella avanzó un paso. Un latido después caía al vacío. La tierra iba a su encuentro a velocidad vertiginosa.

Se despertó intentando agarrar el aire y sudando entre las sábanas de seda. Respiró aliviada. Solo había sido un sueño, pero había sido tan real. *”uf, si que me han afectado las historias de dragones y demonios”* —pensó.

Se levantó y se lavó la cara en una jofaina que tenía justo al lado. Se secó con un paño de algodón y se acercó a la ventana. En el cielo, oscuras nubes paseaban sonámbulas ante la luna Menkhara, en lenta procesión. Un ladrido quejumbroso sonó a lo lejos. Sintió frío de golpe y se frotó los brazos con las manos en un gesto inconsciente. La cara difusa del hombre del sueño y sus ojos hechizantes volvieron a su mente mientras regresaba a la cama.

III

La segunda mañana de la estación de embión, Sirum reinaba solitario en el cielo virginal de Marten—Hal. Decenas de puestos y pabellones de artesanos y comerciantes se apretaban en aparente anarquía a la entrada de la ciudad, justo frente al puente sobre el Terr. Carromatos, barracas y tiendas rojas, blancas, azules y amarillas convertían la feria en una bulliciosa orgía de colores por la que se movía un curioso tropel de visitantes.

La actividad era frenética por doquier. Justo a la entrada, los comerciantes de caballos de Trenz mostraban decenas de sus renombradas monturas a potenciales clientes, acróbatas de torsos sudorosos dibujaban esforzadas piruetas, un par de malabaristas manejaba con suficiencia cinco cuchillos afilados y unos titiriteros escenificaban la lucha entre un dragón y un grupo de agorns. No muy lejos, media docena de bailarinas del Sajah agitaba con vigor las cimbreantes caderas desnudas al ritmo de flautas y tambores. En medio de todo el bullicio, un charlatán desafiaba a los paseantes a tumbar en una lucha cuerpo a cuerpo al hombretón “más fuerte” de los cinco reinos, y otro a que probasen suerte e intentasen levantar un gran tonel de vino para llevárselo como premio, previo pago de dos largos de cobre.

La reunión de Marten—Hal aglutinaba a individuos de los más variados oficios y procedencias. Un puñado de nómadas sultaníes, custodiaba impasible sus finas tallas de ébano y boiáb, embutidos en blancas ropas y turbantes. A pocos pasos, otro grupo de habitantes del reino del sur voceaba las bondades de sus intrincadas alfombras de pelo de dertun. En medio de toda la jarana, joyeros, perfumistas, vidrieros, herreros, sastres y mercaderes de ropa atendían en tiendas y tenderetes a los posibles clientes con un ojo puesto en el género y el otro en las cuentas.

Telas y paños de lo más variado acompañaban a sombreros, túnicas, jubones, camisas, chaquetillas y calzas de todos los diseños y colores. No faltaban las joyas de valor, pero más abundantes que los collares y anillos de oro y plata, eran las baratijas en ámbar, latón cromado o bronce, engarzadas de las más variadas maneras y muy demandadas. Junto a los saturados puestos centrados en la indumentaria, charlatanes de verbo fácil embaucaban a los curiosos con sus promesas. Elixires para encontrar el amor o potenciar la virilidad, pócimas que devolvían la tersura perdida al rostro o amuletos que atraían la buena fortuna, destellaban bajo Sirum y en los ojos de los más crédulos. Cerca de allí, peluqueros venidos de la capital ofrecían los tintes más exóticos, los aceites y jabones más milagrosos y los peinados más llamativos a las damas y a las mozas más humildes; porque por la feria de Marten—Hal paseaban por igual la nobleza y los más paupérrimos plebeyos. Los guardias de la urbe con sus vistosas sobrevestas granate y sus viseras niqueladas se encargaban de velar por la seguridad y rara vez tenía lugar un robo o altercado. Los amigos de lo ajeno conocían bien el precio por un desliz en Trenz y apenas se acercaban por aquellos lugares.

La pena para el infeliz ladrón era la marca del destierro—. un círculo cruzado marcado a fuego en el dorso de la mano. Si el proscrito regresaba a Trenz antes de diez ars la pena era la muerte.

Así pues, era normal ver en Marten—Hal una mixtura humana de lo más variopinta. Los más pobres llevaban lo que podían para comer y engañar al hambre, pero muchos otros recuperaban fuerzas o se refrescaban en los abundantes puestos de viandantes. Cada cierto tramo, una carreta o tenderete tentaba los estómagos con las liebres, pollos, cerdos, jabatos, ardillas y otros succulentos bocados que se asaban en las brasas y espetones. Otros ofrecían agua y bebidas refrescantes a base de zumos y aguamiel, vino de Vaten especiado, cerveza o también afrutados y livianos licores. Todo se vendía acompañado de pan de mijo o centeno, quesos, cecinas, dátiles, nueces y dulces diversos.

Entre aquella algarabía, Frimm caminaba pensativo junto a Lisail, detrás de Torf y Garmin que iban con Bandda. Su voraz amigo ya había dado buena cuenta de las provisiones y de la mayor parte del vino, como reflejaba el lamparón violeta en la pechera de su camisola de lino. Lisail era una bonita chica morena de piel pálida y ojos verdes, aprendiz de costurera, y Bandda una amiga, bajita y chismosa, que trabajaba como sirvienta en casa de maese Milton, el mercader más próspero de Rothern. Los tres muchachos habían apostado con cierta fortuna a las peleas de tants —los agresivos gallos hankoranos—, y disfrutado con los lujuriosos contoneos de las bailarinas de Sajah. Luego habían encontrado a las chicas curioseando entre los perfumes y ahora Garmin insistía en buscar a la bruja adivina que leía el futuro en aquellas extrañas cartas. Lisail llevaba un buen rato calentando la oreja de Frimm con su verborrea intrascendente sobre algo que había oído de los peinados que se llevaban en la capital. El chico la escuchaba como quien oye llover y miraba a su alrededor con aire soñador, abstraído en sus pensamientos. Siempre le fascinaba la feria. El bullicio, la variedad de gentes, ropajes, olores y colores no hacían más que alimentar sus ansias incontenibles de escaparse a recorrer mundo. La voz de Lisail sonó más cercana y estridente...

—¡No me estas escuchando! —le gritó la chica con tono lastimero.

—¿Perdona?

—No escuchas lo que te digo, Frimm. Todo parece importarte más que lo que te digo.

—¿Y en qué pensabas si puede saberse?

—Pues... en la competición de arco.

—Que callado te lo tenías —le recriminó con un mohín—. ¿Vas a participar? —preguntó entusiasmada.

—Pues sí.

—Oh, Frimm, sería fantástico que ganases un premio. Podrías comprarme un camafeo de plata y azabache precioso que he visto antes —añadió zalamera tocándose el pelo.

—Claro, Lis —contestó el joven, resignado.

—Vaya, oyéndote cualquiera diría que te apetece tanto la idea como... no sé.

—No es eso.

—Pues has puesto la misma cara que mi padre cuando tiene que ir a la leñera de noche en inviación.

—No exageres, Lis —dijo Frimm cerrando los ojos y suspirando con la cara girada.

—A veces no eres muy atento, ¿sabes? —porfió la muchacha con un puchero—. Me gusta...

De pronto Garmin voceó triunfante señalando a la derecha.

—¡Ahí está!

Frimm siguió el gordezuelo dedo de su amigo que apuntaba a una pequeña tienda de lona azul, algo separada de las demás. Sobre la entrada, un gran dragón de brillantes colores los miraba con las alas abiertas y una llamarada en las fauces.

Los cinco jóvenes entraron en la tienda. El ambiente estaba lleno de un agradable olor a sándalo que despertó en Frimm una indefinible nostalgia. Del techo del recinto colgaban toda suerte de abalorios, collares y plumas exóticas, y por las esquinas se repartían varias mesitas anaqueladas repletas de tallas de madera y jade, piedras pintadas con vivos colores y diminutos frascos de vidrio, que el muchacho supuso llenos de misteriosos brebajes y elixires. En el centro, junto a una mesa redonda cubierta por un paño de seda negro bordado con indescifrables símbolos, estaba la echadora de cartas, que los miraba con una sonrisa afable. La adivina era una mujer menuda y enjuta, con el cabello completamente blanco. Su cara afable, sin embargo, todavía aguantaba el envite del tiempo. Sólo el pelo y las profundas ojeras que cercaban sus ojos violáceos la delataban.

—Vaya, vaya, pasad jovencitos —invitó con una voz sorprendentemente aguda—. Me llamo Bedra. Os esperaba.

—¿Nos esperabais? —dijo Garmin pasmado

—je, je. Solo bromeaba. Habéis tenido suerte. Hace un rato, mi pequeña tienda estaba repleta de gente preocupada por saber que les reserva el futuro.

—¿De veras?

—No. Je, je. Solo a medias. Preocupados sí que estaban. No os quedéis ahí. Acercaos.

Los cinco se aproximaron lentamente.

—Bueno ¿y qué puedo hacer por vosotros?

—Veréis —explicó Garmin—. Aquí, mi amigo Frimm está interesado en conocer algo de lo que le deparará el futuro.

—Ahhh —dijo Bedra mirando a Frimm con interés—. ¿Y es mudo tu amigo Frimm o es que le comió la lengua el gato?

—No —sonrió Garmin nervioso—, no es mudo es...

—Es que si no hay nada interesante que decir, prefiero callar —lo interrumpió Frimm con una

sonrisa forzada.

—Un chico poco hablador ¿eh? Eso no está mal, si se combina con saber escuchar. Bien, hablemos de negocios. ¿Sabéis que cuesta un rut de plata que os lea las cartas?

Garmin emitió un corto silbido y se rascó la oreja nervioso.

—¿Y no podríais hacernos una pequeña rebaja?

—¿Y por qué habría de hacerla, muchacho? —inquirió la mujer con naturalidad.

—Vaya, uff, no sé... Tenéis razón —Garmin miró a Frimm—. Bien, ehh, puedo poner tres decales de cobre, con lo que tú tienes podríamos pagar.

—No sé, tampoco es tan importante —dijo el aludido dubitativo—. Gracias de todas formas, Garmin, pero...

—No se hable más —cortó el otro súbitamente—. Adelante —dijo mirando a Bedra.

—Je, je, un chico decidido y buen amigo, además. ¿Estás de acuerdo, Frimm?

El aludido se encogió de hombros...

—Bueno —dijo Bedra mirándolos a todos—. Será mejor que nos dejéis solos. Descifrar el futuro requiere de la máxima atención.

Garmin la miró decepcionado.

—¿Y yo no puedo quedarme? Estaré callado. A fin de cuentas yo lo he traído aquí y habéis dicho que soy un buen amigo.

—Está bien —concedió la echadora—. Si él no tiene inconveniente, quédate. Pero los demás tendrán que esperar fuera.

—Lo siento —les dijo Garmin con cara compungida.

—No importa —respondió Torf—. Estaremos aquí al lado, donde echan las runas por un decal y medio de cobre —añadió mirando a Bedra—. Adiós, señora.

—Que Mirkán os guíe.

Torf, Lisail y Bandda salieron de la pequeña tienda. Bedra les hizo un gesto a los otros dos señalando con la mano un par de taburetes.

Frimm se sentó enfrente de la mujer y Garmin a su izquierda. El paño de seda negro que cubría la mesa era una verdadera obra de arte. Enigmáticos símbolos bordados en amarillo, azul, verde, blanco y rojo conformaban varios anillos concéntricos alrededor de un espacio central. Allí en medio, un gran dragón con las alas desplegadas lanzaba un chorro de fuego dorado. La mujer abrió una pequeña caja de caoba con incrustaciones de nácar y sacó una gruesa baraja de cartas que comenzó a entremezclar. Seleccionó cuatro de ellas y las dispuso ante Frimm.

—Elige una. La figura con la que más te identifiques.

Las cartas representaban a cuatro jóvenes elegantemente vestidos y con distintos objetos en la mano. Uno sostenía una espada, otro un corazón, un tercero un báculo y el último una gran moneda.

Frimm las observó con atención.

—No sé —dijo dubitativo.

—No lo pienses demasiado. Tan solo elige —dijo Bedra.

Frimm acercó la mano a la figura con la moneda, pero cambió a la del corazón.

—Un chico romántico, aunque con ambiciones económicas —concluyó la adivina—. ¿Te atraía también la carta del paje con la moneda, eh?

—Tal vez —concedió Frimm.

—Claro. A quien no le gustan los ruts de oro.

La echadora colocó la carta en el centro del paño y retiró las demás. Las barajó durante un rato y luego las puso frente a Frimm.

—No pienses en nada y remuévelas. Pero ojo, no toques la carta que elegiste.

—¿Que las remueva?

—Espárcelas y desórdénalas con las manos. Cuando acabes, me pasas el mazo reagrupado.

Frimm puso los dedos sobre los naipes y los desordenó con movimientos circulares. Al cabo de un rato comenzó a agruparlas y al terminar pasó la baraja a la echadora.

Bedra colocó el mazo frente a él.

—Pon la mano izquierda sobre el mazo y sin pensar en nada córtalo hacia tu izquierda.

Frimm obedeció.

La mujer colocó el montón central encima del otro y comenzó la lectura sacando la primera carta de arriba. La colocó sobre la figura del corazón. El dibujo mostraba un águila en pleno vuelo sobre un recogido valle repleto de árboles frondosos, rodeado de montañas. Al fondo, se apreciaba una cascada cruzada por un fulgurante arco iris.

—Así que el soñador quiere volar —dijo Bedra.

Frimm observaba la carta fascinado.

—¿Qué queréis decir?

—Pues que tu pueblo se te queda corto. Por tu cabeza rondan otros parajes.

La adivina sacó la siguiente carta. Mostraba a Sirum con un vivo color amarillo en lo alto de un cielo azul. La colocó cruzando al águila.

—Vaya, vaya, y parece que la suerte te sonreirá muy pronto.

—Va a participar en el concurso de tiro con arco —terció Garmin entusiasmado.

—¡Chist! Silencio, exaltado —lo cortó Bedra—. La carta de Sirum es algo más que vencer en una competición. De hecho, no tiene que ver con eso. Pronto ocurrirá algo que te permitirá comenzar una nueva senda.

—¿Una nueva senda?, ¿me iré de Rothern? —preguntó esperanzado.

—Je, je, vaya con el joven arquero. Si que apuntas lejos —dijo con sorna—. Pues sí, creo que te

irás de Rothern. Aunque quizá no ocurrirá exactamente como esperas.

—¿Y cómo será?

—Eso ya lo descubrirás. Sólo puedo añadir que veo un hombre en tu destino. Un hombre muy poderoso. Está borroso. Eso ya lo descubrirás. No se puede saber todo.

La echadora tomó el nuevo naipe que coronaba el mazo y lo giró para colocarlo bajo los otros dos. Hizo lo mismo con tres cartas más. Frimm encontró la última inquietante. Un enorme dragón lanzaba llamaradas en una noche cerrada herido por muchas flechas. Bedra miraba las cartas en silencio.

—Creo que ya te he dicho todo.

Frimm la miró decepcionado.

—¿Y qué hay de esas cartas? el dragón, por ejemplo...

La vieja adivina lo miró fijamente con la cara muy seria.

—¿Así que conoces los dragones?

El chico se encogió de hombros.

—He visto a esos bichos en algunos dibujos de buhoneros.

—Bichos —repitió Bedra con un mohín—. Razón llevaba Emug el bardo cuando cantaba que no hay mayor desdén que el de la ignorancia.

La echadora suspiró.

—Verás, joven. Estás tocado por la fortuna y eso es lo importante. Lo demás serían elucubraciones prematuras. Como te he dicho conseguirás ver mucho mundo, como es tu deseo, aunque quizá no como esperas.

—Eso ya me lo habéis dicho ¿No podéis ser más clara, señora?

—He terminado —cortó la mujer levantándose—. Sólo puedo decirte que las posesiones como llegan se van por los caminos de la vida. Las buenas acciones, sin embargo, perduran en los corazones. He terminado.

Frimm estaba decepcionado, pero sólo en parte. La suerte le sonreiría. Suponiendo que la vieja tuviera algo de idea de lo que hablaba.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que eso es todo.

—Déjalo Frimm, al menos ya sabes que tendrás suerte —concluyó Garmin—. Paguémosle.

—No es necesario, joven —dijo Bedra amablemente.

—Pero usted dijo que costaba un rut de plata.

—Se dicen muchas cosas, ¿verdad? Ha sido un verdadero placer charlar con vosotros.

Frimm se levantó y la miró intrigado.

—Gracias, señora —musitó al fin, pensativo.

—No hay de qué.

—Bueno —dijo Garmin dando una palmada—, pues nos vamos ya. Gracias.

—Adiós. Id con Mirkán.

Los dos muchachos salieron de la tienda, Frimm todavía pensando en la misteriosa carta del dragón herido.

—Bueno, no ha estado mal —apuntó Garmin—. No ha sido demasiado concreta, pero parece que te va a ir bien. ¿Qué era eso de que el pueblo te queda pequeño y de que te irás de Rothern? ¿Estás pensando en largarte?

Frimm lo miró distraído.

—Se dicen tantas cosas, ¿verdad? —le dijo imitando a la echadora y echándole el brazo por encima—. Ya sabes, ¿a quién no le apetece viajar y conocer mundo? Y la vida es muy larga.

—Claro. Al final no aclaró si ganarías el concurso, pero dijo que tendrías suerte muy pronto.

—Eso dijo, sí.

—¿Estas contento entonces de haberme hecho caso?

—Si acierta...

—¿Y por qué no iba a hacerlo?, a mi prima...

Frimm levantó la mano.

—Para. Ya sé lo de tu prima.

Garmin infló los mofletes cómicamente, como hacia veces al verse contrariado.

—La verdad es que me sorprende tu afición por conocer el futuro —continuó Frimm—. ¿No temes desairar a Mirkán? ¿Qué opina el adepto de Rothern de estas cosas?

Garmin esbozó una sonrisa.

—Yo respeto los mandatos de Mirkán. Y no hablo sólo de no matar, ni robar ni dañar a un semejante por propio interés. Yo acepto mi sino con fe y gratitud. ¿Qué hay de malo en satisfacer mi curiosidad visitando a una echadora?

—Visto así, nada.

—Además no satisfice la mía, sino la tuya.

—La mía que era la tuya, en parte.

—Soy tu amigo. Me preocupaba por ti.

—¿Y el adepto que dice de estas cosas?

—Si acudieses más por allí lo sabrías.

—Quizá no está en mi destino acudir.

—¿No serás un segregacionista de esos de los que habló Taugh, no?

—Ni había oído mencionarlos.

—Debe ser una herejía muy nueva. Da miedo.

Vieron a Torf saliendo de otra tienda. Las chicas ya no estaban.

—¡Ehh! —le gritó Garmin.

El otro se giró y les saludó con la mano. Se acercó. Entre la gente, Torf parecía aún más bajito.

—¿Y las chicas? —le preguntó Garmin.

—Ahh, las chicas. Bandda recordó que tenía que hacer no se qué tareas en casa de maese Milton y Lisail se fue con ella.

—Son una caja de sorpresas. No hay quien las entienda —dijo Garmin.

—¿Os dijo algo interesante la echadora esa?

—Dijo que Frimm tendría...

—Dijo vaguedades —lo cortó el aludido.

Torf no se inmutó.

—Como quieras. Yo tengo que marchar también. Hoy llega mi tío de Dalhorn y tengo que ayudar a mi madre. Ojalá me haya traído algún regalo.

—Pues nada. ¡Ve con Mirkán! —se despidió Garmin.

Torf se alejó hacia el puente y al poco se perdió entre la multitud. Garmin se giró hacia Frimm.

—Bueno, supongo que irás a inscribirte en el concurso. ¿Sabes cuánto cuesta?

—Dos ruts de plata.

—Guauu...¿dos ruts de plata? ¿Y de dónde vas a sacar tanto dinero? Te advierto que solo me quedan poco más de sesenta ruts de cobre.

—No te preocupes. En realidad, hace mucho tiempo que ahorro para este día —dijo Frimm con naturalidad, empezando a caminar.

Garmin lo siguió asintiendo con la cabeza.

—Si que sabes guardar los secretos. Supongo que el mundo tiene que estar en equilibrio y tú y yo estamos en distintos lados de la balanza. ¿Cuándo son las pruebas?

—Mañana, creo que a partir de la segunda *marcaluz*.

Llegaron cerca de la otra punta de la feria, la más cercana al Terr. Allí había menos gente. A unos veinte pasos a la izquierda, un grupo de mercenarios charlaba junto a una gran tienda roja. A su lado, un comerciante y un cliente parecían discutir por el precio de unos mocasines. Un gran perro se cruzó por delante de Frimm rozándolo con la cola y se alejó. Frimm lo siguió con la mirada.

—Ahí está el tenderete de los comisarios. Vamos.

—Eh, ¿no es ese Taugh? —dijo Garmin señalando al grupo de mercenarios.

—No deberías apuntar siempre con el dedo —lo recriminó Frimm—. Menudo espía serías.

Lo siguió con la mirada. Allí estaba un pelirrojo grandote con unos individuos de bastante mala catadura. Se echó a un lado para verlo mejor. Era Taugh, sin duda. Uno de los hombres tenía el pelo rapado, con una cresta central negra como la pez y una cicatriz encarnada en la mejilla, otro

parecía una comadreja gorda y un tercero era aún más alto que Taugh y ancho como un tonel. Todos iban fuertemente armados. Frimm vio que un par de guardias no les quitaba ojo, medio ocultos tras un tenderete.

—Es mejor no molestarle. Vamos.

Se acercaron a la tienda de inscripciones. Dos hombres con chaquetillas verdes conversaban tras una tabla montada sobre caballetes. Un par de guardias vigilaban a cada lado del puesto. Un gran cartel con el dibujo de un arquero disparando una flecha al cielo anunciaba el certamen.

—Buenos días —saludó Frimm—. Venía a apuntarme en el concurso de tiro.

El más viejo, un hombre medio calvo, de rasgos zorrunos y mirada burlona, lo miró con escepticismo.

—¿No eres un poco joven, chaval?

—Os aseguro que no piensan eso los corzos que han probado mis flechas.

—Bien, pues ya que conoces tan bien a los corzos sabrás que la inscripción cuesta dos ruts de plata. ¿Tienes el dinero?

Frimm sacó las monedas de una bolsita que llevaba en el pantalón de lana y las puso sobre la mesa. El hombre las cogió y las examinó con teatral desconfianza. Finalmente se las dio al otro, que las guardó en una caja de hierro; luego se volvió y cogió de un estante una tira de cuero de color verde. Se la dio a Frimm.

—Este es tu color. La competición comienza mañana a la tercera *marcaluz*, ahí a la derecha —dijo señalando con la cabeza una explanada rectangular y acotada—. Trae la tira en la muñeca.

Frimm miró la tira que estaba cruzada con dos líneas blancas.

—¿Cómo te llamas y de dónde vienes? —le preguntó.

—Frimm Basteholt y vivo en Rothern.

El hombre anotó todo en un pergamino casi lleno.

—¿Podrías decirme cuantos arqueros se han anotado? —inquirió Frimm

—Calculo que medio centenar. Este año han venido más sultaníes que nunca, incluso del sur de Mardán.

—¿Y cuando abren las apuestas? —terció Garmin.

En el reino de Trenz, como en Suldán y en los otros reinos, las apuestas formaban parte de la vida cotidiana; los comisarios del juego las controlaban y suponían una buena fuente de ingresos para la corona. No se toleraban las apuestas ilegales y los infractores eran castigados con penas que llegaban al destierro por diez ars.

—¿Qué pasa? ¿Vas a apostar por este?

A Garmin no le gustó el tono del hombre.

—Eso es cosa mía —dijo con nerviosismo.

El calvo se encogió de hombros.

—Dos *marcas* antes de la competición. En el tenderete de al lado.

—Gracias.

Caminaron hacia la explanada de la prueba, donde unos operarios terminaban de colocar los postes transversales que acotaban la zona de disparo.

—¿Oíste lo que dijo el hombre, Frimm? Vienen hasta del sur de Mardán. Uff, cincuenta arqueros.

—Lo he oído. Ya te dije que no sería fácil. El dinero no lo regalan.

Llegaron al límite de la zona de tiro. Frimm la observó con atención.

En la explanada se alineaban cinco postes de madera de tog de unas tres varas de alto por un codo de ancho pintadas con cinco franjas transversales de colores. Las del centro eran las más estrechas, tendrían medio palmo y eran blancas con un pequeño cuadrado azul en el corazón. Encima y debajo tenían otras dos rojas, algo más gruesas, y en los extremos había dos negras de mayor espesor. Frimm conocía de sobra el sistema de puntuación. Veinte por el cuadrado azul central, quince la franja blanca, diez las rojas y cinco las negras. Darle al poste valía un punto.

—¿Desde donde se dispara, Frimm?

—Pues supongo que desde allí —dijo señalando una parcela rectangular encordada entre dos postes que había a la izquierda—. Habrá unos setenta u ochenta pasos.

Garmin miró los maderos e hizo un gesto apreciativo.

—Una buena distancia, ya lo creo. ¿No será demasiada para un cazador como tú?

—No si has practicado.

—Veo que has pensado en todo. Supongo que ese palco que están montando enfrente será para la princesa y las autoridades.

Frimm observó la estructura a medio camino de la zona de tiro.

—Supongo —dijo escuetamente.

Con una última mirada a los postes se dio la vuelta y comenzó a caminar, Garmin lo siguió en silencio. Su amigo tenía mucho en que pensar. Mañana sería un gran día.